



ALCALDÍA LOCAL
DE SUMAPAZ



Sumapaz
construye DIGNIDAD

Cuento Navideño

J.A.C
Vereda
Nueva
Granada



Cuando llega el día de navidad para una pequeña vereda del páramo más grande del mundo, todo se transforma de una manera inexplicable, las costumbres reviven, los recuerdos que con el pasar de los años siguen vivos, traspasan de generación en generación y es el tesoro más grande que tienen.

Es así, como la familia de don José, prepara el horno de leña, con troncos de mortiño, chaqué, arrayan, pero su hijo siempre trae uno de flojo, aunque no lo echan porque este lo negrea.

En esta ocasión el plato fuerte será carne de chiva, el año anterior fue cerdo pero estaba muy gordo y a la tía Margarita le cayó como patada en el estómago, estuvo criticando todo el año y lo descartaron, aunque los hijos de don José no querían que la invitaran para esta navidad, al fin de cuentas la invitaron porque es la de los chistes.

Don José y su señora Helena tienen diez hijos, cuatro mujeres y seis hombres y como dicen los abuelos, aun con rancho ardiendo, como de costumbre esperaban a los hijos que ya tenían hogar y andaban lejos, era la oportunidad de ver a sus amados hijo y nietos, cada uno seguía los pasos de los padres pues tenían entre cinco y seis hijos, pero no eran los únicos que esperaban, invitaron a los vecinos y compadres con quien habían compartido todo el año.

Arreglaban la casa, limpiaban la entrada, el año viejo debía tener la botella de guaro y el volador en mano muy bien sentado, al pie del broche para que sea el primero en ser saludado, los invitados llegaban temprano, después del oficio la cancha de tejo los estaba esperando, no solo para los hombres pues las mujeres también alcanzaban de lado a lado.

La señora Helena junto a sus amigas, preparan la masa, de maíz y almidón de yuca, la natilla y gelatina debajo del mesón oculta, porque los gambitos se lo comían si lo encontraban, al caer la noche se siente el aroma del horno, don José de a pellizquito lo probaba, no muy frío no muy arrebatado por que el pan

se quemaba, cuando salía el pan de una entraba la mantecada.

La cena no era a media noche, a las ocho empezaba, los niños primero porque no aguantaban, los adultos después con su buena tazada de chicha de ibias bien fermentada como a don José le gustaba, nadie queda por fuera de la mesa, todos agradecían el sazón y los pelaos miraban la tía Margarita a ver si le agradaba la cena.

A las diez de la noche inicia la angustia para bañarse y ponerse la hebra, pues en el baño de a uno entraba, hasta el tanque lo ocupaban, de a tazadas tanto el agua como el grito se escuchaba, iniciaba el desfile de ropa nueva porque todos estrenaban, don José con sus botas de material amarillas los aplacaba, y la Señora Helena un finísimo payuelon se colocaba.

Al llegar la medianoche, todos inician el conteo regresivo, cinco, cuatro, tres dos uno, FELIZ NAVIDAD, se funden en un abrazo, primero don José y la Señora, después los hijos, se empujan para ser los primeros en darles la feliz navidad en un beso y expresarles todo su amor, se escucha reír, pero también llorar, por los que no los acompañan por la distancia o por los que en el cielo están.

Reparten vino sansón, galletas de caja y mantecada, se toman la foto de la cámara que alumbraba, primero la familia después la gente invitada, al pie del arbolito armado de chamizas y ramas de pino, adornado con las bola de colores que la Señora Helena guardaba.

Don José la guitarra saca, los demás lo acompañaban con el tiple, guacharaca y carrasca, su hijo mayor su garganta presta para amenizar el ambiente, sin faltar el trago de chirrinche y brandy con leche.

Así culmina la noche de navidad en esta vereda amada y esperar el treinta y uno para hacer la misma marranada.

Fin.